

# 1910

OBRA EN 18 CUADROS

## LOS HÉROES ANÓNIMOS DE LA REVOLUCIÓN

SERGIO GARCÍA RAMÍREZ

Presentación del libro

1910 y tres obras más

Lecturas Mexicanas

Conaculta, 2002

Maruxa Vilalta, mujer de letras, cultiva raras especies. Hoy nos ofrece una, que parece extinta y entre sus manos florece: la Revolución mexicana. Bien que Maruxa mire hacia atrás casi un siglo, y nos diga en dieciocho cuadros lo que hubo en ese año germinal de 1910, cuando vino la bola y nos levantó. Entonces comenzaron muchas cosas, en el punto donde terminaban otras, o casi: porque nada comienza ni termina, nace o muere en un punto preciso. ¿No es así ahora mismo? ¿No será mañana? Había mucho de revolución antes del año germinal: y algo perdura, entre los pliegues de la conciencia, cien años después. No serán balazos. ¿Qué será?

Maruxa nos pone frente a frente con hombres y mujeres anónimos: ni los héroes ni los dioses; apenas los seres humanos, de camisa blanca, pantalón caqui. Oscuros, oscuros todos: unos acabarían colgados, otros fusilados, en un país llamado México, donde la vida se animaba. Se animaba como el murmullo que crece. Los nuevos ciudadanos ya tenían proclama: un plan, una causa, una razón para morir de una vez mejor que paso a paso, lentamente, con inexorable disposición. Oyeron hablar en mexicano. “Perdono al que roba y al que mata, pero al traidor no lo perdono.” Eso, en un país donde proliferan las traiciones como racimo. Vale la pena tomar el fusil y ver qué pasa.

Pasaría Madero. El joven que lo mira se hace viejo. Queda en un poste, trepado, con los ojos muy abiertos, muy vacíos. Ese joven también pasa. Y la voz de Madero, que Maruxa rescata, insiste suavemente: “Me preocupó por el prestigio de las instituciones democráticas...” Pero éste se defiende con un cañón. Tiene nombre. Sebastián se llama. ¿Dispara? ¡Quién sabe! Van corriendo los cuadros; las mujeres y los hombres se escurren en los colores del gran fresco revolucionario que pinta Maruxa, con paciencia de soldadera. Llegamos a Belisario: “El mundo está pendiente de vosotros, señores miembros del Congreso...”

Hay que empuñar de nuevo las armas. ¿Y qué vamos a hacer con este país nuestro? Obedecer, por supuesto. En ese trance, el paisaje se puebla de soldados; ahí los pone, pendientes y desorbitados, una mala tiranía: mala, porque es taruga, dice Villa. El artillero sigue empujando el cañón que no dispara, pero combate, claro que combate.

Hasta que recuerda la manera, y entonces, “¡ah, chirrión, sí disparó!” Y ahí quedaron algunos, con la boca abierta y la mirada en la luna.

En la obra de Maruxa la Revolución camina, a cuadros, a muertos, a soldados, a caudillos, a caballos, a balazos. Camina por donde puede. Y puede mucho, siempre puede. Hay un “galopar de guerra” mientras observamos el cielo, azul y bonito, con muchas estrellas. Un villista, que sólo es número, advierte sentencioso: ese cielo “no está hecho para nosotros. Somos pura carne de cañón”. En efecto. Pero hay que ir adelante. Maruxa Vilalta mueve los hilos, impulsa los personajes, agita el agua turbia. Es verdad que el campesino no anda corriendo tras los derechos políticos, que no dan de comer; quiere un pedazo de tierra. Ángeles predica: “Los verdaderos obstáculos de la democracia son la ambición de los caudillos, que olvidan sus promesas, y la falta de voluntad del pueblo”. Sigue la prédica, con rarísimas palabras, extrañas entre magueyes, desierto, metralla: pureza, amor, esperanza. Nada menos.

Las cosas acaban como deben, en un país donde todos son deudores, todos acreedores, todos exaltados, todos fieros. Así, Chinameca, donde los “valientes” pelones presentan armas y matan a Zapata; por la espalda, por el frente, por los flancos, por todas partes disparan. Cierto: el alma de Zapata se evade y cabalga. Así, Tlaxcalantongo. El Palacio Nacional se resume en una choza, rodeada de bruma, iluminada por el quinqué. Larga barba blanca reposa en el viaje de regreso por la sierra de Puebla. Pero no olvidaremos Querétaro, ni la Constitución. Así, Parral. El dulcero vigila, se apresura, da la señal. Villa se dobla sobre la portezuela. Ni la pistola sacó, “destrozado su gran corazón”. Sin embargo, se dice que salió disparado, que el caballo llevaba la crin agitada, que se doblaba con el viento el ala del sombrero, se dice que ahí anda, donde todos lo siguen y nadie, ni Pershing, puede alcanzarlo.

La obra culmina en un coro. Es el coro de la Revolución. Y ésta es el “rostro brutal y resplandeciente de la fiesta y la muerte, del mitote y el balazo, de la feria y el amor”, como desentraña Paz. Los actores son constituyentes. ¿Cuántos muertos y cuántos artículos? Saquemos la proporción. Son el pueblo. Es que “se metió la Revolución dentro de la casa”. Cada quien la vio con el cristal de sus propios ojos. ¿Una lucha por la dignidad humana? ¡Qué va: “lo que teníamos era hambre”! Son los caudillos, que advierten y se explican. Son de nuevo el pueblo, que retorna. Los individuos se transforman en muchedumbre, la voz en clamor. El pueblo colma el último cuadro, grita, aturde, nada tiene, todo le quitan. Exige soluciones. Exige justicia. En un país llamado México, que es tierra de luz. Precisamente.

Maruxa Vilalta nos ha llevado por su mural y al cabo nos expulsa. Saldremos del teatro. Observaremos a los apurados ciudadanos. Miraremos los altos edificios. Nos veremos en el espejo. Tal vez la lluvia nos serenará. Luego regresaremos. Abriremos la puerta. Entraremos a una casa como ésa donde comenzó la Revolución. Pero, ¿qué es la Revolución? ¿Dónde está? ¿Y dónde Madero, Carranza, Villa, Ángeles, Zapata? Por lo pronto, en 1910, obra de teatro de Maruxa Vilalta. ¿Dónde más? El futuro dirá, donde haya un cañón llamado Sebastián que sepa disparar.